

sitio donde Ella apareció y donde se levantó su ermita primera, hoy suntuosa basílica. La Virgen no tomó el nombre del lugar; más tarde, el lugar tomó el nombre de la Virgen.

Lo que parece insoluble y a muchos despista, tiene, no obstante, un motivo claro y muy concreto: la Virgen misma, al mostrarse a Juan Bernardino, tío de Juan Diego, le dijo: «que bien la nombraría, así como bien había de nombrarse su bendita imagen, la siempre Virgen Santa María de Guadalupe».

Así consta textualmente en el *Nican Mopohua*, la más vetusta relación del milagro, escrita, no en castellano ni en español, sino en lengua azteca y por un indio ilustre, don Antonio Valeriano, contemporáneo del prodigio. Su manuscrito autógrafo perteneció a don Fernando de Alba Ixtlixóchirl, pasó luego a poder del célebre sabio don Carlos de Sigüenza y Góngora—quien da memorable testimonio de su autenticidad, y fué reproducido en letras de molde por Lasso de la Vega, en 1649, incorporándolo en el volumen náhuatl que conocemos por sus primeras palabras: *Huei Tlamahuizoltica*. Este volumen fué traducido en su integridad al castellano, en 1926, por don Primo Feliciano Velázquez y publicado a doble página—fotocopia de la edición azteca y versión española—por nuestra Academia mejicana de Santa María de Guadalupe.

He traído conmigo esta preciosa edición. En el texto náhuatl original, las palabras «Santa María de Guadalupe» aparecen así en castellano. Esta incorporación de voces españolas en las lenguas indígenas se introdujo desde el principio, sobre todo tratándose de asuntos religiosos, a fin de que los aborígenes comprendieran que era algo completamente distinto y no fueran a confundirlo con lo que tenían en su gentilidad; y así, en el propio relato, por ejemplo, las palabras *Dios, Jesucristo, obispo*, aparecen en español. En español también se estampan los vocablos *diciembre, sábado, domingo, lunes y martes*, cosa nueva para los aztecas, ya que su calendario difería del nuestro. En cuanto a la palabra *Dios*, aunque los aztecas tenían el equivalente *Teotl*, cuidaban siempre los misioneros y, naturalmente, sus discípulos—Valeriano lo fué de los franciscanos en el colegio de Tlatelolco—de agregar el vocablo español, para evitar netamente cualquier confusión: y así, en el relato, se lee varias veces: «Teotl Dios».

ALGUNOS estudiosos han querido suponer que puesto que la Virgen habló a los dos indígenas en su idioma, diría a Juan Bernardino alguna voz azteca semejante, la cual, trastocada por oído y lengua españoles, pudo quedar en *Guadalupe*. Y sobre esto han fantaseado posibilidades de nombres indígenas con sus respectivos significados. Todo ello me parece inadmisibile. ¿Por qué?

Porque tenemos a la vista el antiquísimo relato azteca y vemos en él incorporada, en español, la palabra *Guadalupe*. Si la Virgen hubiera usado voz indígena, ésta, infaliblemente, aparecería en el relato indígena. No es un detalle secundario, es nada menos que el nombre escogido por la Señora, y el autor de la relación, indio como Juan Bernardino y contemporáneo suyo, pudo saberlo directamente de él o de otros indios, sin recurrir a españoles. De ser voz náhuatl, la hubiera necesariamente puesto en náhuatl; no iba él a cambiarla con arbitrariedad irreverente. Si puso en español—simplemente y sin la menor aclaración—*Guadalupe*, es porque así dijo la Señora.

Se objeta que esa palabra tiene los sonidos *g* y *d*, que no hay en náhuatl, y resultaba de difícil pronunciación para Juan Bernardino. Pero se exagera la dificultad. Lo más que podía acontecer es que Juan Bernardino reprodujera con leve imperfección la pronunciación de la *d*, allegándose un poco al sonido—notoriamente afín—de la *t*. Porque por lo que toca a la *g*, aunque esa letra no existe en náhuatl, sí es muy familiar el fonema *hua*, como en Cuauhtémoc, Anáhuac, etcétera, y Huadalupe (con *h*) suena prácticamente igual que Guadalupe (con *g*).

Además, parece fácil, quedándonos en el mero orden natural, que Juan Bernardino alcanzara a repetir correctamente el nombre de Guadalupe, después de una década de contacto con españoles y varios años de aprendizaje particular de algunas voces castellanas en su doctrina franciscana. No es forzoso hacer en ello intervenir milagro.

Y, finalmente, si la Virgen quería darse un nombre, tengo por inconcuso que pondría los medios para que ese nombre llegara no deformado, sino con fidelidad, a quienes con él habíamos de invocarla, y así de hecho la hemos invocado por siglos y siglos.

PARECEME, pues, cosa firme que la Señora del Tepeyac quiso ser designada con el nombre de Guadalupe. ¿Por qué? Esto no lo sabemos. Pero, aunque no lo sabemos, creo que razonablemente podemos avanzar una plausible conjetura. Podemos nosotros conjeturar que quiso la Señora darse un nombre que fuera familiar y atrayente para los españoles, sobre todo extremeños como Cortés, que consumaron la conquista, y que al favorecer con predilección a Juan Diego, representante de los vencidos, quiso al propio tiempo atraer con dulzura a los vencedores y a unos y a otros hermanarlos en la misma devoción. No vino Ella a abrir abismos entre vencedores y vencidos; vino a cerrarlos. Y al sublimar con un privilegio excepcional a los postergados, halló un medio suavísimo de que a los dominadores sonara a tradición la novedad y a cosa propia y familiar la extrañeza.

Y de hecho, señores, como históricamente consta, se dió el caso extraordinario de que, desde los años primerísimos, conquistados y conquistadores fraternizaran a los pies de la Virgen del Tepeyac. Ella, que—contra lo comúnmente repetido—no muestra fisonomía ni color de india, sino de mestiza, anunció el beso de las razas que fundaría la nacionalidad que estaba amaneciendo. Y así como juntó plásticamente en el milagro al español Zumárraga y a Juan Diego el aborígen, y así como con rosas de Castilla se estampó para siempre en el ayate sublimado del indio, quiso en todo ser nuncio, ejemplo y símbolo de la fusión amorosa que forjaría a Méjico, de la fusión amorosa que forjaría a toda Hispanoamérica y traería al mundo este coro magnífico de pueblos que hoy llamamos la Hispanidad.

Por eso, en expansión cargada de sentidos, ha rebasado las fronteras nuestra Virgen de Guadalupe.

Ella, en Méjico, se identifica con la sustancia de la Patria. Presidió el nacimiento de nuestra nacionalidad. Aceleró la propagación del Evangelio. Fué lábaro de nuestra independencia. Congrega en tumultuoso plebiscito a todas las almas y conquista el respeto o la ternura aun de los descreídos y renuentes. Ella ha amparado y reverdecido nuestra fe por sobre más de un siglo de ataques insidiosos o brutales. A ella van nuestras lágrimas, nuestras alegrías, nuestras esperanzas. Ella es emblema autóctono, negación de exotismos desintegradores, vínculo sumo de unidad nacional. En los cimientos del Tepeyac están los cimientos de la Patria.

Pero la Madre y Patrona de Méjico es también, por viva instancia de los países indoibéricos que el Santo Pío X sancionó en 1910, Madre y Patrona de toda la América hispana. Y Pío XI, en 1935, incluye en el patronato a las Islas Filipinas, hondamente vinculadas con el mundo español. Y en 1945, el excelso Pontífice reinante la proclama a boca llena «Emperatriz de América». Y—sin contar repercusiones impensadas y sorprendentes en el corazón de los Estados Unidos, y de Francia, y de otros países ilustres—ahora la vieja madre de la estirpe, al coronar espléndidamente a nuestra Virgen de Guadalupe, corona espléndidamente el ciclo de esa expansión providencial. El sentido histórico del mensaje cobra su redondez y plenitud. Porque Juan Diego no era sólo Juan Diego, sino la desvalida encarnación de todas las razas aborígenes. Zumárraga no era sólo Zumárraga, sino la ardiente personificación de todos los evangelizadores hispanos. Y las rosas de Castilla exprimieron la policromía de sus jugos, símbolo de la savia toda de España, para embeberse en el ayate del indio, unimismarse con él y estampar en sus fibras, transfiguradas y extasiadas para siempre, la imagen celeste de María. Y por eso el milagro divino de Santa María de Guadalupe maravillosamente simboliza, resume y señorea este humano milagro de la Hispanidad. Y por eso, señores, es de justa y dignísima congruencia que hoy la Hispanidad, vestida de fervor y de alborozo, se congregate para coronar a la que es su corona.

